

Solemnidad de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote

Homilía en la Misa Crismal / 4 de junio de 2020

Mons. Zornoza, Obispo de Cádiz y Ceuta

Queridos hermanos fieles de la diócesis, y, muy especialmente, queridos sacerdotes:

Este año celebramos la Misa Crismal en la Solemnidad de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Volvemos, por tanto, al cenáculo con el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza para constatar que el sacerdocio es un don inmenso de Dios al mundo. La Misa Crismal nos reúne para orar juntos y bendecir los santos óleos, para que los sacerdotes renueven los compromisos contraídos en el día de su ordenación sacerdotal y se fortalezca así su fraternidad en comunión con su obispo. Toda la Iglesia da gracias al Señor por los regalos de la Eucaristía y del sacerdocio; también los fieles de la Iglesia dan gracias hoy a sus sacerdotes por su entrega al servicio de todos los bautizados.

También yo doy gracias al Señor por vuestro sacerdocio. Quiero deciros en primer lugar, queridos hermanos sacerdotes, una palabra de agradecimiento pasado este tiempo de confinamiento y después del extrañamiento Triduo Pascual que hemos vivido: gracias por mantener el culto público de la Iglesia en estas circunstancias extraordinarias; gracias por atender a los fieles con imaginación y constancia, a los enfermos y sanos, a los ancianos; gracias por orar por todos, especialmente por los difuntos; gracias, en definitiva, por vivir vuestra vocación. Gracias también por haber aprovechado estas circunstancias para ser más conscientes del valor de la comunidad presente en la celebración, de la necesidad de la asamblea, del hambre de Dios de nuestros fieles, que tanto valoran la riqueza de nuestro propio ministerio.

Hoy es un día para agradecer a Jesús este gran regalo. Cristo, el Ungido de Dios, nos unge haciendo de nosotros un pueblo sacerdotal y también a los sacerdotes, de un modo particular, para ser representación suya en la Iglesia y en el mundo. Es el momento de recordar que *“Él no solo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión”* (Prefacio).

La existencia cristiana se realiza, por Cristo, con Él y en Él. Él es el único Camino de acceso a Dios Padre. Todo el pueblo de Dios vive un sacerdocio real donde el culto “en espíritu y en verdad” se realiza haciendo de la vida un sacrificio de alabanza, por la obediencia al Padre y por el amor entregado a los hermanos. Está claro que sólo un culto existencial –esto es, la vida vivida como entrega a Dios y a los hermanos— es agradable a Dios. Para esto nos unge el Señor.

Los sacerdotes hemos recibido una nueva consagración sacramental, además de la bautismal, para actuar en la persona de Cristo, sacerdote de la Nueva Alianza, haciéndole presente como portadores de su gracia. Pero la sacramentalidad, que es el

rasgo específico de nuestro ministerio, hay que entenderla desde la novedad y originalidad de Jesucristo, que vivió un sacerdocio existencial. Su vida y su muerte no tuvieron nada de ritual. Fue una vida coronada por la cruz y vivida en obediencia al Padre y en misericordia para el hombre, realizando la más rigurosa identificación entre caridad y culto, de modo que el sacerdocio de Cristo no puede ser comprendido como una dignidad, una promoción o un puesto de poder para estar por encima de los demás. Jesús ha seguido el camino del servicio, la humillación, el sufrimiento y la muerte; no el de la ambición, la soberbia y el poder. Cristo, el nuevo y definitivo sacerdote, hizo de su existencia una ofrenda total. Asumió nuestra naturaleza frágil y débil, de carne y de sangre, y afrontó la muerte. La antífona del salmo se le puede aplicar perfectamente, cuando, al entrar en el mundo, dirigiéndose a su Padre, dijo: “Aquí estoy para hacer tu voluntad” (*Sal 39, 8-9*).

También nosotros vamos a repetirlo hoy: “Aquí estoy para hacer tu voluntad”. Esta celebración eucarística exhorta a volver a emitir ese “sí” a la llamada de Dios, que pronunciamos en el día de nuestra ordenación sacerdotal. Volvemos a identificarnos ahora con aquel primer “sí” que dimos a Dios, que nos eligió y llamó, y a Jesucristo, que nos invitó a su seguimiento; y, por supuesto, con el “sí” a la Iglesia, que desde el primer día nos pedía fidelidad a los compromisos sacerdotales. La Santa Madre Iglesia nos invita a repetir, alto y claro, quiénes somos, para que no se nos olvide nuestra propia historia de salvación, sobre todo la del “primer amor” (*Ap 2,4*). Nos pide, una vez más, que pongamos en práctica nuestro primer compromiso que es “estar ante el Señor”, mantenerse en pie, en vela y en guardia frente al poder del mal que nos amenaza. La fidelidad a nuestro sacerdocio supone estar despiertos para Dios para hacerse cargo de los hombres ante el Señor y ante el Padre frente a las corrientes del tiempo, y nos exige tomar sobre nosotros los gozos y las angustias, las fatigas y las esperanzas de los demás —como hemos hecho en esta pandemia—.

Estamos ungidos para identificarnos en la misión de Jesús y, como Jesucristo, ser don de Dios para los hombres, un regalo de amor gratuito, una ofrenda. Hemos sido elegidos para dispensar la vida sobrenatural que dignifica y enriquece a toda vida humana. Pero la experiencia que funda nuestra vida sacerdotal es seguir al Señor que nos llamó y nos hizo discípulos para seguirle siempre, para irnos conformando, cada vez más, en Cristo. El seguimiento del Maestro es siempre un desafío para nosotros los presbíteros: hemos de vivir nuestra existencia en Él, en el mundo de hoy, con sus dificultades y contradicciones, renovando la respuesta a su llamada en cada encuentro con Él y en cada acto ministerial.

“Servir” es el rasgo característico del sacerdocio de Cristo, que hizo de la vida una entrega a Dios y a los hombres. El culto que Cristo rindió al Padre consistió en entregarse hasta el final por los hombres. El sacerdote debe integrarse en este culto, en este servicio. Servir implica, en primer lugar, que el sacerdote debe estar siempre en actitud de aprender: desde aprender a rezar de nuevo y siempre de forma más profunda —pues el siervo está a la escucha de la Palabra— a servir obedeciendo. La

tentación permanente de la humanidad, agudizada en nuestro tiempo, es querer ser totalmente autónomos, desvincularse, no depender de nadie, seguir sólo la propia voluntad, creer que sólo gracias a una libertad sin límites el hombre es completamente hombre. Pero de este modo nos oponemos a la verdad y contradecimos el evangelio. Sin embargo, en la obediencia experimentamos la riqueza del amor de Dios, abandonamos nuestras ideas y proyectos propios interesados y nos dejamos llevar por donde nos quiere encaminar Dios. Somos libres si participamos de la voluntad de Dios y compartimos nuestra libertad con los demás. Esta obediencia fundamental que forma parte de la esencia del hombre, es mucho más concreta en el sacerdote, puesto que nosotros no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Él y su Palabra, que no podemos inventar por nosotros mismos.

Nuestra obediencia consiste en creer con la Iglesia, pensar y hablar con la Iglesia, actuar en ella y servirla libres de ataduras. Jesús, por eso, dijo a Pedro: “Te llevarán adonde no quieras”. Este dejarse guiar hacia donde no queremos es una dimensión esencial de nuestro servir, precisamente lo que nos hace libres para dar esperanza y comprender a los débiles, rescatándolos de sus abismos. Cristo, el verdadero Sumo Sacerdote del mundo, es ejemplo de obediencia humilde, quien se hace el siervo de todos. El secreto de su servicio es la gratuidad. Cuando ésta falta nos convertimos en funcionarios interesados, necesitados de compensación y de recompensas humanas y materiales para hacer las cosas. Es cierto que podemos servir, pero si es por interés ya no es por amor, ya no reflejamos a Cristo.

Necesitamos también este amor gratuito, esa docilidad para evangelizar. Es irrenunciable en el mundo de hoy el anuncio del Evangelio. ¿No os parece que estamos obligados a reaccionar ante los grandes retos que tenemos por delante con actitudes e iniciativas misioneras? “La Iglesia existe para evangelizar”, nos recordaba *Evangelii Nuntiandi* (n. 14). No podemos seguir como si nada estuviera sucediendo. Estamos presenciando grandes cambios sociales, una manifiesta sed de Dios, y el agotamiento de muchas rutinas pastorales. Tenemos una oportunidad inmejorable para aportar con todo interés en el próximo plan diocesano de pastoral y asumir un proyecto común de evangelización. Los laicos son una provocación a nuestro deseo de evangelizar. El día de Pentecostés el Papa Francisco nos hacía volver al soplo del Espíritu para vencer la tentación de narcisismo, de victimismo y de pesimismo que nos puede paralizar. Dejemos, pues, actuar al Espíritu Santo. Solamente si estamos llenos del Espíritu, atentos al Espíritu, dóciles al Espíritu, inflamados por el Espíritu, actuaremos como otros cristos. Solo así podremos decir con El: “El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a evangelizar a los pobres”; “Hoy se ha cumplido esta escritura que acabáis de oír” (Lc 4, 16.21).

La concelebración de hoy pone de relieve otro aspecto esencial de nuestro servicio. El sacerdote solamente es servidor si es instrumento de unidad. El deseo del Señor es que todos sean uno (Jn 17,21). Él mismo señaló que todo reino dividido contra sí será desolado y que no hay ciudad ni hogar que subsista si se pierde la unidad. Los

sacerdotes deben ser solícitos en conservar la unidad y ofrecerla como signo evangélico en medio de una sociedad dividida y polémica. La fraternidad cristiana es el mejor antídoto contra la división y el daño moral de los ataques que tanto nos desconciertan como si estamos divididos, si estamos unos contra otros, si desconfiamos los unos de los otros o si algunos se convierten en acusadores de sus hermanos, daremos una imagen distorsionada de la Iglesia y una coartada fácil a nuestros detractores.

Queridos sacerdotes: En la fuerza de la Eucaristía que estamos celebrando encontramos el dinamismo de la Nueva Alianza, que es el de la comunión y del amor. En este “*Sacramentum Caritatis*” encontraremos siempre la fuente y el impulso de la misión de la Iglesia y del ministerio sacerdotal. También “servir” implica la recta celebración de la liturgia y de los sacramentos, realizada con participación interior. La Eucaristía nos adentra en el ofrecimiento que Jesús hace de sí mismo. Él «nos atrae hacia sí». La Eucaristía es la actualización del sacrificio de la cruz de Jesucristo. En él nos acepta realmente y nos toma consigo, de modo que con él y desde él llegamos a participar del misterio del amor de Dios, lo que hace que sea fructífera nuestra vida y nuestro sufrimiento, nuestra esperanza y nuestro amor en ese nuevo culto que él nos ha regalado.

Con las promesas sacerdotales que hicimos el día de nuestra ordenación recordamos la recomendación del ritual: “Imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. Que el Señor nos conceda reproducir los rasgos del Buen Pastor, ser creadores de comunión, hacer de la propia vida pan partido y entregado a los demás por amor. Que nos revistamos de los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús. La Virgen María, Madre de los sacerdotes, sabrá forjar vuestra alma según el modelo de Cristo, su Divino Hijo, y os enseñará siempre a custodiar los bienes que Él adquirió en el Calvario para la salvación del mundo. Amén.